

FERNANDO QUESADA SANZ*
MAR GABALDÓN MARTÍNEZ*
FRANCISCO REQUENA DE LA RIVA*
MAR ZAMORA MERCHAN*

¿ARTESANOS ITINERANTES EN EL MUNDO IBÉRICO? SOBRE TÉCNICAS Y ESTILOS DECORATIVOS, ESPECIALISTAS Y TERRITORIO¹

During the Iberian Iron Age (roughly 5th to 1st centuries BC), the geographical distribution of certain types of luxury products (such as swords richly decorated with silver inlay), the close similarities of layout and detail in the decorative motifs and patterns in these objects, the existence of burials such as the “goldsmiths tomb” at Cabezo Lucero in Alicante, and what we know about the structure of Iberian society, are all elements that allow us to suggest that there were in existence certain itinerant craftsmen specialized in silver inlay or in other aspects of the metallurgical craft. This is not to deny that other production systems existed, such as local smithies in towns and villages and -perhaps- bigger workshops in cities.

I. EL CARÁCTER ARTESANAL Y LOCAL DE LA FORJA EN ÉPOCA IBÉRICA

En el estado actual de la investigación, parece claro que la gran mayoría de armas, instrumental agrícola y otros objetos de hierro de época ibérica fueron forjados en talleres locales, por herreros también locales, cuya capacidad y experiencia variaría mucho. Aunque faltan excavaciones en extensión, y son escasos los talleres conocidos indudablemente dedicados a la forja, casos como la modesta herrería del pequeño asentamiento del Castellet de Bernabé en Valencia (Guérin, 1989) prueban que en muchos yacimientos de pequeño o mediano tamaño existían forjas que producirían para un consumo local, y que en muchos casos repararían objetos dañados, desde ruedas de carrmatos hasta azadones, como hasta no hace tanto ha venido ocurriendo en explotaciones agrarias casi autosuficientes. En cambio, falta cualquier indicio en área ibérica de explotaciones de proporciones “industriales”, mientras que abundan rasgos de primitivismo (Gómez Ramos, 1996, especialmente p. 153). Los trabajos en el área del Moncayo, donde se ubicaría supuestamente la mayor siderurgia celtibérica (por ejemplo, fuentes literarias en Schulten, 1963, 328 ss.), y en otras zonas celtibéricas, no han probado todavía ese carácter “industrial”, para una época claramente prerromana (Hernández Vera y Murillo, 1985, 1986; Blasco *et alii*, 1989, 91-92; Bona *et alii*, 1989; Martín Costea *et alii*, 1991-1992; Madroño *et alii*, 1992; Martín Costea *et alii*, 1993; García Serrano, 1995; Lorrio *et alii*, 1999), aunque haya algunos

posibles indicios de poblados dedicados a la primera transformación de mineral (Lorrio, 1997, 304). Desde luego, para territorio ibérico, ni siquiera en los ss. III-I a.C. contamos con testimonios que permitan hablar de *fabricae* al estilo romano (Bishop, 1985).

Desde otro punto de vista, los estudios enfocados desde el punto de vista metalúrgico ya desde hace décadas vienen confirmando la irregular —a menudo pobre— calidad de las producciones de forja ibéricas, incluso en el caso de las armas (Coghlan, 1956-57), donde la calidad metalúrgica (fundamentalmente, en las espadas conseguir acerar el hierro mediante la adición de carbono y el temple, y al tiempo mantener una cierta flexibilidad de la hoja) puede ser, literalmente, una necesidad vital. De todos modos es la irregularidad en los resultados a lo largo de todo el proceso metalúrgico lo que parece más frecuente (Auladell y Simón, 1997; Gómez Ramos, 1996; Madroño, 1983-84).

Desde el punto de vista morfológico, el caso del instrumental agrícola, sobre el que existe ya amplia bibliografía (recientemente, Auladell, 1993; Barril, 1992; Moratalla, 1996 con referencias a la bibliografía clásica de Pla, Sanahuja y otros) parece en principio el más evidente, pero creemos haber mostrado ya que con las armas ocurre lo mismo (Quesada, 1997, 91, 108). Así por ejemplo, un estudio detallado de las dimensiones, contorno de la hoja, acabado y otros detalles de cientos de falcatas demuestra que los artesanos que las fabricaban tenían un “patrón mental” (por usar el término

propuesto por Bishop, 1987) de lo que pretendían forjar.

Dentro de ese marco de referencia mental, y de acuerdo quizá con las instrucciones del comitente, el herrero decidiría el tamaño del arma; sin embargo, en el resto de los elementos (curvatura de la hoja, dorso acodado o curvo, forma de las acanaladuras, punto de arranque e inflexión de éstas, etc.) los artesanos utilizarían su —variable— experiencia y habilidad para trasladar el patrón mental —entendido como objetivo perseguido— al duro metal. El resultado es que dos piezas nunca son idénticas, aunque todas ellas estén próximas entre sí. Además, y como ya en su día indicara Gordon Childe, la transmisión de conocimientos mediante aprendizaje es “largely imitative and therefore conservative. The processes need not be described in abstract terms. All the apprentice need do is imitate as closely as possible every operation of the master” (Childe, 1978, 87). Por eso, entre otras cosas, es tan difícil hacer una “tipología” de falcatas. Por ejemplo, si tomamos el caso del yacimiento del Cigarralejo (Cuadrado, 1987), cuyas tumbas se encuentran entre las mejor datadas de toda la Cultura Ibérica por la conservación de numerosas superposiciones estratigráficas y por la presencia de abundante material ático en los ajuares, observamos que un lote de espadas datadas en el mismo periodo, probablemente en la misma generación (por ejemplo, c. 400-375 a.C.) presenta una amplia variabilidad de tamaños, formas, curvaturas y diferencias de detalles; más aún, en algunos casos en que se hallaron dos falcatas en la misma tumba, nunca son idénticas, ni siquiera muy cercanas. Si comparamos piezas de diferentes regiones, las diferencias se hacen aún mayores (por ejemplo, hemos mostrado ya cómo las falcatas de mayor tamaño son las del Sureste, mientras que las andaluzas son en conjunto mucho más pequeñas, mientras que algunas falcatas meseteñas son verdaderamente diminutas (Quesada, 1997).

II. UN CASO ESPECIAL: LAS ARMAS DECORADAS CON DAMASQUINADOS EN PLATA

Dentro de este marco general de producciones artesanales se aprecia, no obstante, un caso especial: el de las falcatas decoradas con motivos damasquinados en plata (Quesada, 1997, 109 ss.). La casi totalidad de estas piezas procede de diversos yacimientos situados en el cuadrante suroriental de la Península Ibérica (Alta Andalucía, Albacete, Murcia y Alicante), aunque conocemos algún ejemplar aislado en otras regiones (Submeseta Sur, Extremadura y desembocadura del Ebro, siempre ejemplares aislados de gran lujo). Algunas de estas decoraciones son muy complejas, e incluyen temas antropomorfos (en un caso), zoomorfos, fitomorfos y geométricos, e incluso epígrafes (un caso conocido). Los motivos abarcan una amplia gama: cabezas humanas, felinos, jabalíes, carniceros (¿lobos?) y aves; también palmetas de cuenco estilizadas, frisos de hojas de hiedra, dientes de lobo, etc. (Quesada, 1997 para descripciones detalladas). Dentro de esta categoría de piezas damasquinadas hay un subgrupo específico formado por algunos (muy pocos) ejemplares especialmente elaborados en los que, surgiendo del hocico de la

“cabeza de caballo” que conforma la empuñadura, aparece una guarda lateral con una combinación de cabezas de felino de abiertas fauces que a su vez sujetan cabezas humanas, todo ello decorado con damasquinados argénteos que señalan los detalles (fig. 1). A este subgrupo especial pertenecen piezas de Illora, Alcoy, Mianes y Toledo, además de una del MAN sin procedencia que presentamos aquí por vez primera (fig. 1); y, en una versión más basta, posiblemente a imitación de las anteriores, piezas de Almedinilla, Fuente Tójar y Cabecico del Tesoro.

Las falcatas decoradas con plata, en todas sus variantes, han sido halladas en yacimientos de primer orden (por su tamaño y localización), como la Albufereta de Alicante, Verdolay o Cerro de las Cabezas de Fuente Tójar, pero también en las necrópolis de yacimientos medianos situados en zonas relativamente marginales de valles interiores, como Almedinilla (SE de Córdoba), Illora (O. de Granada) o Carranza (N. de Granada).

No sabemos qué porcentaje de falcatas presentó decoración en época ibérica, dado que una gran mayoría no han sido todavía restauradas o ni siquiera limpiadas, de modo que sólo radiografías ejecutadas con cuidado pueden identificar trazos incisos invisibles al ojo desnudo, tal y como el excelente trabajo que desarrolla el equipo que excava en La Serreta de Alcoi viene demostrando (e.g. Miró y Reig, 1997; Prats *et alii*, 1996). Sin embargo, parece hasta ahora que en un yacimiento dado la proporción de falcatas decoradas frente a las no decoradas nunca es superior a una tercera parte, y a menudo es menor.

III. “ESTILOS” DECORATIVOS, ARTESANOS ITINERANTES Y TALLERES ESPECIALIZADOS

Proponemos identificar dos “estilos” en estas decoraciones, todavía tentativamente por la escasez de ejemplares, y en particular de ejemplares bien restaurados. El primero de ellos presenta motivos trazados con cierta rigidez, pero sobre todo con gran detalle y precisión en el diseño y ejecución del damasquinado. La mayoría de las falcatas con guardas laterales elaboradas se incluye en este grupo que podemos denominar “estilo preciso” o “minucioso”. El otro estilo es, por el contrario, más suelto, a veces incluso basto en su trazado; aparece empleado sobre todo en figuras de animales (leones, jabalíes, aves...) pero en estos casos también los motivos geométricos aparecen trazados con menos precisión y cuidado; podemos por ahora denominarlo como “estilo libre”.

Uno de los rasgos más notables de la decoración de las falcatas, tanto en el “estilo preciso” como en el “libre”, es que no sólo la elección de los motivos simples (e.g. dientes de lobo, hojas de hiedra, palmetas de cuenco...), sino también su sintaxis (esto es, la disposición relativa y estructuración general de los motivos en temas más complejos) es casi siempre muy similar o idéntica en piezas separadas por hasta 200 Km. de distancia, pero pertenecientes al mismo periodo (a grandes rasgos, el primer cuarto del s. IV a.C.). Las similitudes son más acentuadas en el “estilo preciso”, mientras que el “estilo

¿ARTESANOS ITINERANTES EN EL MUNDO IBÉRICO? SOBRE TÉCNICAS Y ESTILOS DECORATIVOS, ESPECIALISTAS Y TERRITORIO.

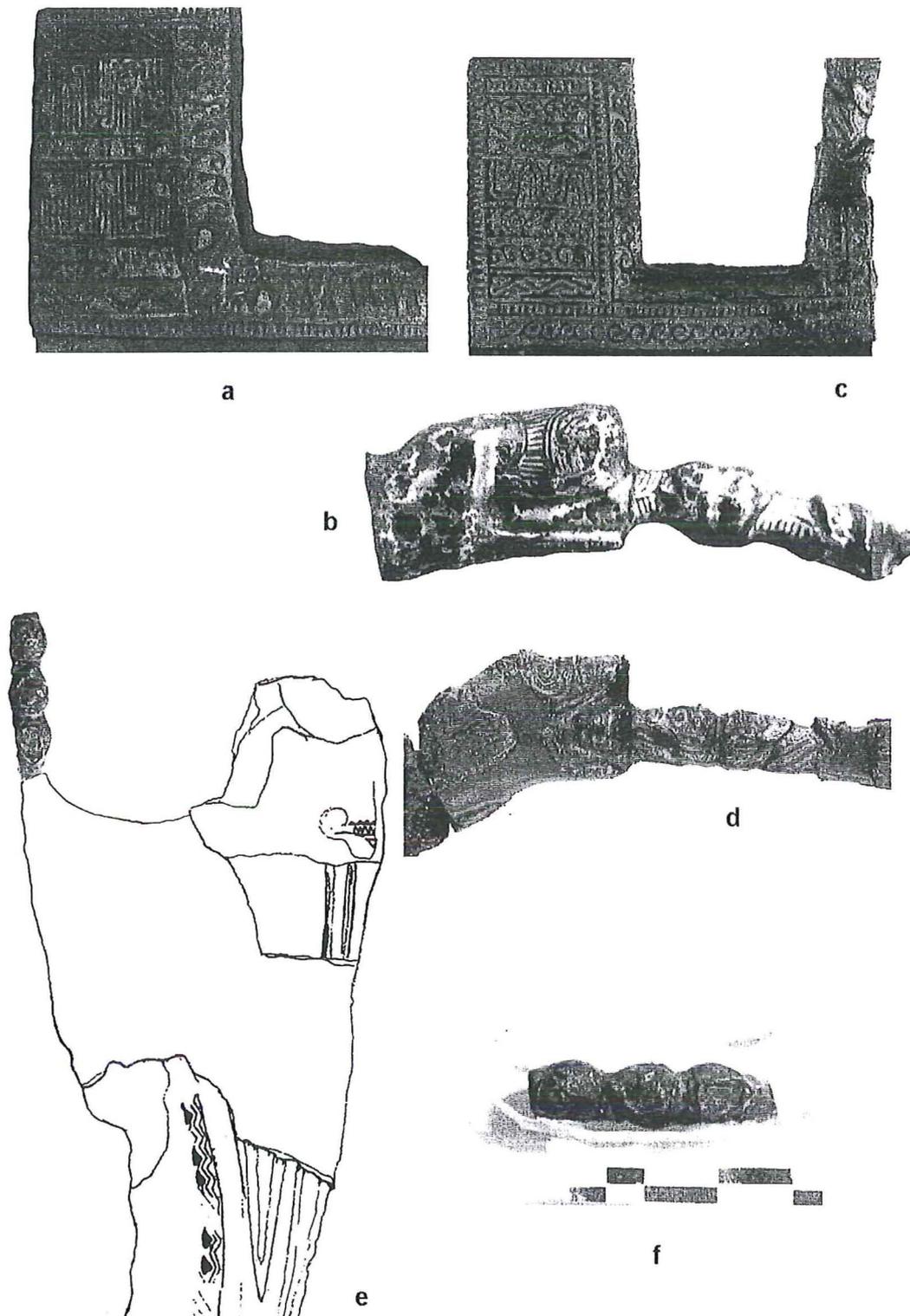


FIGURA 1.

- a) Cartela de la empuñadura de una falcata procedente de Illora (Granada). Museo Cerralbo de Madrid.
- b) Guarda lateral de la empuñadura de la falcata anterior.
- c) Cartela de la empuñadura de una falcata procedente de la Serreta de Alcoi (Alicante). Museo de Alcoi. Cortesía M. Olcina y C. Reig Seguí.
- d) Guarda lateral de la empuñadura anterior.
- e) Falcata damasquinada pero muy deteriorada de procedencia desconocida conservada sin número de inventario en el MAN de Madrid. Inédita.
- f) Detalle de la guarda lateral de la falcata anterior.

libre” ofrece más variedad en la ejecución.

Nos parece evidente que los mejores ejemplos de decoraciones sobre falcatas fueron realizados por artesanos con un grado elevado de habilidad y especialización, dado que la precisión y calidad del damasquinado está bien por encima de la capacidad del artesano local medio.

Hay incluso que plantearse como probable si un herrero—incluso local— forjaría las falcatas y, al menos en los mejores ejemplares, el damasquinado fue realizado luego por un especialista, cosa perfectamente posible desde el punto de vista metalúrgico (Nieto y Escalera, 1970, 5).

Como ya indicara Childe hace muchos años, las técnicas especializadas de este tipo tienden a mantenerse en secreto por parte de los poseedores del conocimiento, que tienden a agruparse en suerte de “gremios” o “familias” (Gordon Childe, 1978,87; Burkert, 1992, 44-45).

Por otro lado, los utensilios necesarios para un bronceador, o para un artesano de la plata, no son ni demasiados ni muy voluminosos (e.g. Thevenot, 1998; Cabezo Lucero, 1992; Wells, 1988, 60). Hay evidencia etnográfica para el hecho de que un objeto pase por manos de varios artesanos (Rowlands, 1972), y esa posibilidad ha sido apuntada por Champion para fibulas y cabezas de alfiler de La Tène con decoración de esmalte (Champion, 1985, 148-149).

Hay a nuestro modo de ver dos modelos posibles para explicar el patrón de dispersión conocido de las falcatas decoradas y, sobre todo, el por qué decoraciones muy similares, hasta el punto de que en algunos casos podría defenderse que fueron realizadas por la misma mano, han sido halladas en lugares muy alejados entre sí, probablemente en áreas separadas por fronteras políticas y no sólo culturales, como Bastetania y Contestania.²

El primero es sostener que algunos *oppida* importantes contaban con talleres especializados de cierto tamaño, dirigidos por artesanos especializados y muy hábiles. Estos talleres de forja “exportarían” su producción de falcatas damasquinadas a otros puntos, sobre todo a jefes locales y quizá a los miembros principales de sus séquitos militares. Por supuesto, esto no implica sólo, ni necesariamente, la “venta” de espadas, sino quizás sobre todo la entrega de “regalos” o “presentes” por parte de jefes importantes a aristócratas menores.³ En el estado actual de nuestros conocimientos, los puntos más probables de producción podrían haber sido Cástulo en el valle del Guadalquivir e *Ilici* en la costa mediterránea, pero otros centros de producción son también posibles. Sin embargo, hasta el momento no se han encontrado espadas damasquinadas en estos yacimientos o su vecindad inmediata, aunque esto no supone en sí mismo una refutación del modelo.

La otra hipótesis posible es sostener la existencia de artesanos especializados itinerantes (idea apuntada en Quesada, 1990, 46) que viajarían de un punto a otro ofreciendo sus servicios a jefes locales (que, naturalmente, estarían interesados en obtener una o a lo sumo unas pocas espadas decoradas en tanto que símbolos de *status* para su uso y el de unos pocos escogidos). Una vez realizado el trabajo, y carentes de deman-

da ulterior, dado el carácter suntuario y no perecedero de su producción, estos artesanos, escasos en número, marcharían a otros puntos. Esta sensación de que muchas de las piezas de lujo son objetos únicos hechos por encargo ha sido planteada también para otros ámbitos productivos del mundo ibérico como la alfarería (Olmos, 1987), y es el mismo patrón que se aprecia, por ejemplo, en las producciones metalúrgicas de lujo en Europa central-meridional durante los ss. VI-V a.C. (e.g. Champion, 1985, 139).

Por otro lado, este modelo explicaría también de modo satisfactorio la aparición del “estilo libre”, o al menos de sus ejemplos más toscos, dado que quizá algunos artesanos locales (y menos hábiles o experimentados) pudieron subsiguientemente tratar de producir imitaciones del modelo original, con resultados menos satisfactorios pero a menudo más “vivos”.

IV. EL PECULIAR STATUS DEL ARTESANO METALÚRGICO

Este segundo modelo está bastante bien documentado en otras regiones del antiguo Mediterráneo con sistemas sociales similares que incluían la existencia de aristocracias guerreras gobernantes en *oppida* u otros tipos de lugares centrales. Es el caso de la Grecia del más antiguo arcaísmo, según veremos más adelante, pero también el de varias culturas del Bronce Final.

Lo cierto es que, desde el punto de vista del análisis teórico y de creación de hipótesis, los especialistas de la Edad del Bronce, y en particular del momento final de dicho periodo y transición a la Edad del Hierro, han avanzado más que los especialistas en periodos posteriores, muchas veces orientados al estudio de las más explícitas fuentes literarias grecolatinas; sin embargo, para casos como el de los iberos y etruscos, que podríamos denominar “culturas paraclásicas” en un sentido académico, estamos a menudo a caballo de ambos mundos, el de la Prehistoria y el de la Arqueología Clásica, por lo que puede ser útil—además de perfectamente lícito—conocer, plantear y en su caso aplicar modelos empleados por otras ramas de nuestra disciplina, tal y como en realidad se viene haciendo a menudo de manera más o menos explícita.

La peculiaridad del sistema de artesanos metalúrgicos itinerantes especialistas se relaciona directamente con otro aspecto de aún mayor alcance, y cuyo origen se remonta a la primera Edad del Bronce: nos referimos al especial *status* de estas personas, tema que ha sido bien desarrollado por diversos autores a lo largo de varias décadas (ver en especial Forbes, 1964, 52 ss.; Eliade, 1996; Childe, 1978; Hunt y Ruiz Delgado, 1990; para un caso más tardío, Wells, 1995, 237-238). Básicamente, el argumento es el siguiente: el metalúrgico era, durante la Edad del Bronce, y también a comienzos de la Edad del Hierro, una persona poseedora de conocimientos arcanos: era capaz de modificar el estado de la Materia (Eliade, 1996, 9); partiendo de la piedra, del mineral, era capaz de extraer objetos de brillante metal, lo que sin duda había de tener algo de mágico (Forbes, 1964, 72 ss.). De hecho, recuerda Mircea Eliade (1996, 11), minero, forjador y

¿ARTESANOS ITINERANTES EN EL MUNDO IBÉRICO? SOBRE TÉCNICAS Y ESTILOS DECORATIVOS, ESPECIALISTAS Y TERRITORIO.

alquimista tienen algo en común: “todos ellos reivindican una experiencia mágico-religiosa particular en sus relaciones con la sustancia; esta experiencia es su monopolio, y su secreto se transmite mediante los ritos de iniciación de los oficios; todos ellos trabajan con una materia que tienen a la vez por viva y por sagrada, y sus labores van encaminadas a la transformación de la Materia”.

Más aún, en el proceso el herrero empleaba el fuego, un elemento básico de la naturaleza, quizá el más inquietante por su ambivalencia: en estado domesticado esencial para la vida civilizada, pero terriblemente peligroso si se liberaba y desataba su potencial destructivo (sobre el fuego y el herrero, Eliade, 1996, 71 ss.). En consecuencia, quien era capaz de controlar el fuego, y de transmutar la piedra en brillante bronce o hierro, era un personaje aparte, con conocimientos que se adentraban en el dominio de la magia y la religión, y en algunos casos, en el terreno de los dioses. De hecho, la relación entre herreros y forjadores y mitología es muy estrecha (Eliade, 1996 *passim*). Incluso los instrumentos de trabajo del metalúrgico podían adquirir un *status* especial (Forbes, 1964, 53, 56; espec. 74; Eliade, 1996, 29). Por supuesto, el propio metal en general, y el hierro en particular, tenía connotaciones sagradas en las que no vamos a entrar aquí (Eliade, 1996, 27 ss.).

Esta peculiaridad debida al conocimiento se tradujo, en diversos pueblos de la antigüedad, y en sociedades primitivas actuales descritas por la etnografía, en un *status* especial, mezcla de respeto, necesidad y miedo. El artesano está a la vez dentro y fuera del tejido social, o, si se quiere, en su periferia: no se sitúa entre la aristocracia a la que sirve, pero tampoco es un campesino o un siervo, en consecuencia, se convierte en un ser atípico, como lo eran también los bardos, cantores o aedos que recorrían las “cortes” locales con sus canciones épicas en verso; esta similitud, y directamente una asociación entre herreros y poetas, se produjo en la Grecia arcaica, pero también en la Escandinavia e Inglaterra de la Alta Edad Media, en el Rin, e incluso entre turcos, tártaros y mogoles (Forbes, 1964, 59; Eliade, 1996, 89). A estos dos grupos cabría añadir los médicos y magos (Burkert, 1992, 41 ss.).

En palabras de Forbes (p. 62) “*in the old World, mining and metallurgy were originally practiced by a caste or clan of few members, the membership of which implied initiation in the tangle of technical traditions, but which conferred upon the members some degree of immunity from the bondage of tribal customs and duties. We must never forget that the number of smiths in primitive societies was small*” [la cursiva es nuestra]. Esta cierta inmunidad de la disciplina social fue también enérgicamente sostenida por Childe (1978, 86), quien opinaba que sería incluso superior a la del mago, porque la de éste depende de las creencias y supersticiones de su propio grupo social, mientras que la del metalúrgico deriva de su pericia, necesaria incluso para extraños a su propio grupo de origen. Del mismo modo, en el campo de la mitología, los dioses metalúrgicos tienden a separarse del resto; es por ejem-

plo el caso de Hefesto quien, de entre los olímpicos, resulta ser un dios periférico, diferente.

En los casos en que es itinerante, esta situación especial se acentúa (e.g. Forbes, 1964, 55), porque el artesano, aunque sirve a los señores que requieren sus servicios, no depende de ellos en sentido estricto, dada su movilidad, derivada a su vez del aura mágica que le rodea y del hecho más mundano de que no hay trabajo para él de manera permanente en un punto determinado (Eliade, 1996, 25; Childe 1978, 85 ss.). Es el propio herrero itinerante el principal agente de difusión de mitologías, ritos y misterios metalúrgicos (Eliade, 1996, 25), y también un importante agente de difusión cultural, observable en el registro arqueológico en la uniformidad de ciertas producciones metalúrgicas tempranas (Childe, 1978, 86).

En algunas sociedades primitivas actuales el herrero es a menudo tabú, su taller un lugar prohibido, y sus hijas no se casarán con un guerrero (Forbes, 1964, 53). En ciertos casos, el artesano armero es especialmente respetado puesto que sólo él tiene el poder mágico para trabajar el peligroso metal (Forbes, 1964, 56); en ciertas sociedades, como en Indonesia, el armero es un sacerdote por cuyo poder las armas son imbuidas de un espíritu potente (*ibidem*); en Java la herrería es decorada especialmente cuando se va a forjar un *kris*, y las ofrendas realizadas previamente a la forja de la espada son exactamente las mismas que se hacen en otros ritos de pasaje como circuncisiones o bodas (Forbes, 1964, 70-71).

De todos modos, la situación privilegiada del herrero se invierte en algunos casos; tal y como recuerda Forbes sobre ejemplos documentados etnográficamente en África nororiental, los artesanos metalúrgicos, los herreros, son despreciados y su trabajo no se relaciona con ningún ritual; pueden ser incluso esclavos (Forbes, 1964, 52-53, 58). Como señala este autor, “*the place of the smith in primitive society wavers between extremes. He is either honoured or despised, but always held in awe*” (Forbes, 1964, 69; también p. 72), idea en la que también abunda Ruiz Gálvez (1998, 63-64).

Por otro lado, aunque pueden existir artesanos metalúrgicos especialistas e itinerantes en sociedades ya plenamente metalúrgicas, es probable que la “edad de oro” de los artesanos móviles fuera la de los bronceístas de los primeros tiempos de la metalurgia, cuando el trabajo del metal era todavía una rareza pero ya una ocupación a tiempo completo. Según propuso V. G. Childe (1978, 85-86) estos bronceístas serían, después de los magos, los primeros en abandonar la producción directa de alimentos para depender del intercambio de sus productos manufacturados por comida, y esto en un contexto de movilidad. En cambio, la industria del hierro, y en particular la minería y la siderurgia (por oposición al detallado trabajo de un especialista en damasquinados) exigen talleres permanentes y hornos con estructuras firmes, de modo que una “Edad del Hierro” plena supone la existencia de metalúrgicos y herreros estables que incluso pueden trabajar bronce y hierro a la vez (Forbes, 1964, 63; Mohen, 1992, 204; confirma-

ción arqueológica de lo último, por ejemplo, en Flouest, 1993). Con todo, los datos disponibles indican que la obtención del metal y su trabajo eran procesos separados, como en el mundo céltico (Manning, 1995, 315), o, más cerca, como en la factoría púnica de Na Guardis en Mallorca (Guerrero, 1988, 49), y que el herrero solía adquirir las barras de metal para su herrería. En todo caso, Forbes concluye que es sólo el herrero sedentario el admirado y respetado, mientras que el itinerante sería, en la Edad del Hierro, despreciado aunque temido en todos lados, como los gitanos caldereros (Forbes, 1964,70); esta generalización, sin embargo, no es aplicable a nuestro juicio más que a los “caldereros remendones”, no a los orfebres o especialistas cualificados (ver también Mohen, 1992, 203 para una distinción similar).

Algunos estudios más recientes, como el de Rowlands (1972) han puesto en duda, sobre la base de estudios etnográficos, no la existencia, pero sí la importancia de los especialistas itinerantes; otros estudiosos, sin embargo, han rechazado por limitado su análisis de fuentes etnográficas, y vuelven a incidir sobre el importante papel de estos artesanos metalúrgicos (e. g. Champion, 1985; Hunt y Ruiz Delgado, 1990, 110).

V. ARTESANOS ITINERANTES EN EL ÁMBITO CIRCUMMEDITERRÁNEO DURANTE LA EDAD DEL HIERRO

En el marco de una exposición relativamente breve no es posible realizar una exposición detallada de lo que sabemos sobre la existencia de artesanos itinerantes en diferentes sociedades ribereñas del Mediterráneo —o próximas a él, como algunas regiones del mundo celta—, pero sí cabe, al menos, citar parte de la bibliografía relevante para profundizar en la cuestión.

No discutiremos aquí un fenómeno mucho más característico de la Edad del Bronce que de la Edad del Hierro, los “depósitos” diversamente conceptualizados como ‘rituales’, ‘votivos’, ‘personales’ y ‘de artesanos o chatarreros’, estos últimos a menudo considerados como propios de artesanos itinerantes (al respecto, por ejemplo y como introducción a un tema muy complejo, Bradley, 1998, 12 ss.; Ruiz-Gálvez, 1995). Tampoco entraremos demasiado en la discusión de la —generalmente admitida— existencia de artesanos itinerantes metalúrgicos durante la Edad del Bronce Pleno y Final (desde Childe 1964 hasta hoy, véase eg. los trabajos contenidos en Mordant *et alii*, 1998).

Durante la época más arcaica del arcaísmo griego, en la ‘Edad Oscura’, los indicios sobre la existencia de *demiourgoi* o artesanos itinerantes, como las de cantores o poetas, proceden sobre todo de fuentes literarias —fundamentalmente Homero y Hesiodo, e.g. Od. 17. 383-385—, y su existencia es generalmente aceptada, en los términos de excepcionalidad social, de autonomía, ‘periferismo’ y de dependencia de los grupos aristocráticos a que nos hemos referido en el apartado anterior (eg. Domínguez Monedero, 1991, 52 ss.; Boardman y Hammond, 1982, 431-433). Walter Burkert, en su perceptivo estudio sobre el Orientalizante griego (Burkert, 1992) dedica un capítulo completo a los ‘migrant craftsmen’ y a su

influencia en la difusión cultural (y no nos avergonzaremos del término). Se ha sugerido que al menos desde fines del s. IX a.C. hubo artesanos orientales inmigrantes en localidades griegas, aunque no hay forma de probar que, además de inmigrantes, fueran itinerantes: probablemente se dieron los dos tipos. Los datos arqueológicos más sólidos (como la familia de orfebres y joyeros orientales que reutilizó una tumba minoica en Cnoso, Burkert, 1992, 22) indican el establecimiento de inmigrantes más que su movilidad una vez en Grecia, pero eso cabe esperarlo de la propia naturaleza del registro arqueológico.⁴ Otra vía de prueba radica en la introducción de nuevas técnicas que no se deducen de la simple observación del objeto importado (*ibidem* p. 22).

La presencia de comerciantes y artesanos inmigrantes —permanentes y temporales— procedentes del Este en Etruria está bien atestiguada ya desde el s. VIII a.C. (Jannot, 1985; Ridgway, 1992); aunque en una primera fase no parece que los orfebres y otros artesanos griegos vivieran en contacto directo entre los vilanovianos, algunos antíguisimos ritos romanos parecen indicar que, en otra época, artesanos no integrados en la sociedad indígena vivían entre aquella (Torelli, 1996, 66-67, tabú del *opifex* o artesano). No mucho más adelante, ya en el s. VII a.C. junto a un Demarato y los artesanos de la arcilla, la evidencia de comerciantes está probada epigráficamente y por las fuentes (Jannot, 1985, 317-318; Torelli, 1996, 122), pero no así, en lo que sabemos, la de artesanos. La iconografía, en cambio, nos muestra que en el s. VII a.C. en Etruria la Odisea era conocida, y que artesanos griegos —como Aristónoto— pintaban esas escenas en Etruria, que debía ser comprendidas por los compradores (e.g. Spivey, 1997, 56-59). Torelli ha llegado a considerar esta movilidad de personas —mercaderes y artesanos pero también nobles— como un factor muy relevante en su explicación del s. VII a.C. en Etruria (Torelli, 1996, 131-136). Estos mismos artesanos en ocasiones penetrarían hacia el interior de la Europa bárbara (Wells, 1980, 73), pero la movilidad de artesanos implica, aunque sea poco a poco, movilidad de ideas, de manera que a menudo es difícil saber si un producto es obra de un artesano griego o etrusco (Wells, 1988, 96), o incluso de un bárbaro bien formado por un griego o etrusco.

Dando un paso más en el proceso que iría de Este a Oeste, J.M. Blázquez ha propuesto (en un congreso cuyo mismo título indicaba miras mucho más limitadas, relativas sólo a la presencia de materiales etruscos en Iberia) la existencia no ya de importaciones, sino incluso de artesanos etruscos trabajando en Tartessos (1991). Independientemente de que podamos o no aceptar el detalle de su argumentación, desde el punto de vista de modelo teórico que venimos planteando tal posibilidad es perfectamente digna de atención: la amplia movilidad —incluso a larga distancia— de artesanos en el Mediterráneo era un hecho desde hacía siglos.

En el ámbito céltico —tanto en las zonas próximas al Mediterráneo como en las centroeuropeas y en las Islas Británicas—, la existencia de artesanos metalúrgicos itinerantes viene siendo aceptada sin demasiada dificultad, pese a la

¿ARTESANOS ITINERANTES EN EL MUNDO IBÉRICO? SOBRE TÉCNICAS Y ESTILOS DECORATIVOS, ESPECIALISTAS Y TERRITORIO.

escasez de datos que pudiéramos calificar como ‘pruebas’. P.S. Wells opina que durante el Bronce Final, hacia el 1.000 a.C., existen pocos datos que apunten a la existencia de centros mayores en la producción del Bronce, y que los datos indican más bien una producción dispersa de forma local en cada poblado de toda Europa (Wells, 1988, 58). De hecho Wells sostiene para este periodo la existencia de tres tipos de artesanos: unos locales que trabajarían a tiempo parcial, otros especializados en talleres dedicados a la fabricación de piezas de lujo, y un tercer grupo de metalúrgicos itinerantes que “traerían los lingotes y la chatarra a los asentamientos, repararían los objetos estropeados, manufacturarían otros nuevos en las comunidades que carecieran de especialistas, introducirían nuevos estilos y enseñarían nuevas técnicas a los fundidores locales de bronce. Tales individuos pueden haber sido los responsables de la confección de moldes para los fundidores locales a tiempo parcial” (Wells, 1988, 60). Ya desde comienzos de la Edad del Hierro los artesanos metalúrgicos parecen haber gozado de un *status* elevado (e.g. Flouest, 1993 27 ss. para el s. V a.C., contra, sin demasiados argumentos, Guillaumet, 1996, 14); la esclavitud no parece una opción frecuente (salvo, quizá, en casos de prisioneros de guerra) (James, 1993, 111; Wells, 1988, 61). Hacia fines de la Edad del Hierro es probable que la situación se hubiera hecho mucho más compleja, con algunos tipos de producción metálica (como monedas de oro y plata) ‘controlled by individuals of high social status, while other lower status goods may have been increasingly controlled by the craftsmen themselves, with the development of guild organisations...’ (Collis, 1994, 38).

Contamos con algunas fuentes literarias muy explícitas, cuya autenticidad básica no podemos negar (aunque podamos dudar de la anécdota, cf. Flouest, 1993, 30). Es el caso, por ejemplo, del texto de Plinio el Viejo (*Nat.Hist.* 22, 2, 5) quien nos narra la historia de un excelente artesano galo de la zona suiza, llamado Helicon, quien regresó a su patria tras una larga estancia en Roma y con él la noticia de la existencia de aceite y vino; así como higos y uvas secas, lo que para Plinio incluso justificaría la invasión gala en busca de tales delicias (Kristiansen, 1998, 328). No hay por qué dudar del hecho de que un artesano galo pudiera pasar un tiempo, itinerando, en las tierras mediterráneas. Las fuentes latinas nos dan varios ejemplos, inversos, de mercaderes y quizá artesanos romanos viajando por tierras bárbaras (Tacito, *An.* 2, 62; César, *Bell. Gal.* 1, 39; 4, 2-3; ver Wells, 1980, 75). Tampoco hay por qué dudar de la existencia de artesanos celtas viajando a otras comunidades celtas alejadas (contra, Champion, 1985, 140); a nuestro juicio, la similitud a lo largo de grandes distancias de muy diversos tipos de objetos metalúrgicos, fundamentalmente adornos (e.g. Kristiansen 1998, 347, Fig. 182; Champion, 1985, 146 ss.) no puede explicarse sólo y exclusivamente por el incremento de intercambios comerciales entre *oppida* en forma de objetos, sino también por la movilidad de personas individuales, sin tener por ello que recurrir a modelos inva-

sionistas. Del mismo modo que la expansión primitiva del torno de alfarero probablemente se realizó ‘directly from craftsman to craftsman’ (Wells, 1980, 58), y que un/os artesano/s griego/s pudieran difundir el torno en el Suroeste de Alemania (*ibidem*, 74, 77), las nuevas tecnologías metalúrgicas, así como determinados aspectos de la tecnología e iconografía de motivos decorativos completos, pudieron —debieron— transmitirse de forma similar, de persona a persona (Wells, 1980, 77).

Suele aceptarse que buena parte de la producción metalúrgica durante la Edad del Hierro correspondió a productos de lujo producidos a veces por talleres en ‘lugares centrales’ controlados por aristocracias en régimen de patronazgo, pero también que la dispersión de talleres conocidos no se restringe a los centros de mayor tamaño (Champion, 1985, 139; Foster, 1995), lo que podría apoyar la existencia de artesanos autónomos (Foster, 1995, 58-59), aunque Champion, partiendo de argumentos parecidos, no apoya esta última conclusión para el periodo de Hallstatt aunque sí para las fases posteriores (Champion, 1985, 140 ss.; ver también Flouest, 1993, 28). También es cierto que no todo el mundo acepta fácilmente la existencia de artesanos itinerantes: aunque Sara Champion reconoce que la posibilidad existe, sostiene que la escasez de objetos muy similares entre sí dispersos en centros diferentes del mismo rango, en vez de la más habitual concentración de objetos ‘de la misma mano’ en torno a centros concretos, parece apoyar mejor, para el s. VI a.C., la existencia de artesanos ligados a un patrón aristócrata, más que la de metalúrgicos peripatéticos (Champion, 1985, 140); los datos para el periodo de la Tène son, si cabe, menos precisos, y no permiten arriesgar una interpretación tan concreta como la que Champion propuso para el Hallstatt tardío (Champion, 1985, 136); en todo caso, se plantea una ruptura del modelo anterior y la posibilidad de artesanos independientes (*ibidem*, p. 152), aunque no se llega a sostener una posible conclusión lógica que explicaría bien el caso de las fibulas que la autora cita: la itinerancia de personas.

VI. ¿ARTESANOS ITINERANTES ESPECIALISTAS EN EL MUNDO IBÉRICO?

Lo expuesto en páginas anteriores no constituye prueba sino hipótesis plausible de trabajo, pero se basa en una argumentación razonable y razonada. Ciertamente, no hay ninguna prueba directa de que los artesanos metalúrgicos gozaran de una consideración especial en el mundo ibérico; de hecho, tanto los ejemplos etnográficos como arqueológicos aducidos se refieren, para ese *status* especial, a sociedades más primitivas que la ibérica. Las fuentes literarias referentes a los iberos tampoco parecen ilustrarnos a este respecto, aunque no hemos realizado todavía un análisis sistemático de las mismas. En consecuencia no defenderemos aquí este aspecto de la cuestión, aunque es sugestivo y merece tenerse en cuenta.

Por lo que se refiere a la itinerancia, la situación es, creemos, distinta; el caso de las armas decoradas nos parece bastante ilustrativo y convincente, aunque no implique prueba.

Por otro lado, los paralelos mediterráneos son al menos dignos de considerarse con cuidado: no se remontan sólo a la Edad del Bronce, sino que son más cercanos en términos cronológicos y de evolución social. Creemos, en conjunto, que el modelo teórico basado en la existencia de artesanos especialistas itinerantes es, en el estado actual de nuestros conocimientos, la mejor elección para explicar la existencia de los dos 'estilos' decorativos de diferente calidad y carácter, así como la aparición de espadas con sintaxis decorativas casi idénticas en lugares muy distantes. Encaja con los modelos sociales conocidos, tiene paralelos en otros lugares, y podría además aplicarse a otros productos de lujo.

En efecto, hay además otros elementos distintos a las propias armas damasquinadas que deben tenerse en cuenta, y pueden argumentarse otros datos arqueológicos en apoyo de esta hipótesis, que se remontan al periodo orientalizador y aún antes. Así, en varias ocasiones se ha supuesto que el muro compuesto de sillares y mampuesto del Cabezo de San Pedro en Huelva fue obra de un cantero fenicio quizá 'prestado' por un establecimiento oriental a los señores locales de Huelva. Más significativo es, a nuestro juicio, el caso de la tumba de un artesano metalúrgico situada en la periferia del túmulo A de Setefilla. El ajuar es comparativamente rico, el estudio antropológico de los restos óseos indica que se trataba de una persona de edad muy avanzada para la media de la necrópolis, y sin embargo la tumba aparece en un extremo del túmulo, casi como si expresara en el espacio funerario ese carácter 'periférico' socialmente hablando que antes hemos atribuido a los artesanos del metal. Esto parece significativo, sobre todo si tenemos en cuenta que en la periferia del túmulo, salvo este caso, lo que encontramos son tumbas infantiles y las más pobres del conjunto (Aubert, 1995,404).

También en un periodo previo a la cultura ibérica conviene citar al menos —que no discutir, para lo que no disponemos de espacio— el caso de la llamada 'vivienda del metalúrgico' del poblado de Peña Negra de Crevillente en Alicante (González Prats, 1992) que ha dado lugar a interesantes discusiones sobre el carácter de la producción (Barceló, 1995,569-571 insistiendo en un trabajo a tiempo parcial y doméstico; contra, Ruiz Gálvez, 1998,255 negando la existencia de una vivienda). Sea como fuere, parece claro que el bronceista era un extranjero asentado ¿temporal o permanentemente? en Peña Negra (Ruiz Gálvez, 1998,255).

En todo caso, el ambiente social y cultural de estos ejemplos es previo y muy diferente al mundo ibérico, y por tanto no nos permite su extrapolación a contextos mucho más tardíos, aunque sí como interesantes precedentes.

Ya dentro del periodo ibérico, el interesante hallazgo de la tumba de un orfebre en la necrópolis alicantina de Cabezo Lucero (Sep. 100), desafortunadamente inédito y sólo conocida parcialmente por algunas publicaciones (Cabezo Lucero, 1992; Los iberos, 1998, 259 ss.) nos muestra cómo las matrices y herramientas de un artesano especialista, probablemente de categoría, son sumamente portátiles y perfectamente capaces de transportarse en un zurrón. Es también interesante

anotar que aunque la tumba se fecha provisionalmente en un momento avanzado del s. IV a.C., muchos de los objetos hallados muestran modelos iconográficos sustancialmente más antiguos.

No olvidemos, por fin, que en el propio ámbito de la Cultura Ibérica se ha propuesto hace ya algún tiempo un modelo similar de artesanos móviles para el caso de la escultura monumental (Almagro Gorbea, 1983, 283 ss.; 1988, 59; 1992, 46); más aún, se ha sostenido la posibilidad de que artesanos bárbaros se formaran ocasionalmente en talleres griegos o semitas (Almagro Gorbea, 1983, 283). La diferencia fundamental con nuestra idea radica en que, según Almagro Gorbea (1983, 283 ss.), los artistas estarían fuertemente sujetos al marco de relaciones institucionales entre poderes coloniales e indígenas, o ulteriormente entre diferentes poderes locales, que podrían así 'prestarse' escultores y arquitectos en tanto que 'bienes de lujo' (Almagro Gorbea, 1983, 283-284). Por tanto, más que de artesanos independientes deberíamos hablar de un intercambio político entre reyes o élites ciudadanas, manifestado en la donación o préstamo de bienes de lujo, pero también de personas. Este modelo tiene clara dependencia de lo que sabemos sobre el *status* de arquitectos y artesanos especializados en el mundo semita o, en general, 'oriental'⁵ que presupone el carácter estatal del comercio y el monopolio del artesanado de lujo. En segundo lugar, estos arquitectos no serían itinerantes en sentido estricto, sino que dependerían de monarcas o aristócratas asentados en ciudades concretas, y su movilidad podría ser ocasional.⁶

Esta idea no tiene por qué ser exactamente la que aquí se plantea: los artesanos metalúrgicos itinerantes pudieron también, quizá, trabajar por su cuenta y no necesaria y únicamente al servicio de 'palacio'; algo así plantea también Burkert para la Grecia del Geométrico (Burkert, 1992, 23). En todo caso, carecemos de datos precisos para inclinarnos en un sentido o en otro, pero tenemos la impresión de que la permeabilidad entre, por ejemplo, Contestania y Bastetania, era bastante grande y no se limitaría a un 'préstamo' ocasional de una persona concreta.

No olvidamos, por último, que la dispersión de objetos de lujo de tipo homogéneo en áreas muy alejadas entre sí, o del centro inferido o conocido de producción, puede deberse a otros factores además de la movilidad de artesanos. Nosotros mismos propusimos en 1989 que la presencia de determinados objetos en la Sep. 350 de La Osera (placas de cinturón repujadas, discos-corazas de hierro) idénticos a los de la Sep. 400 del Cabecico del Tesoro en Murcia, pudiera deberse a regalos 'diplomáticos', 'dote de boda' u otro tipo de intercambio político-comercial (Quesada, 1989, vol. II, 20ss.). En torno a las mismas fechas M. Ruiz-Gálvez (1988) sostenía una idea similar para el Bronce Final, según la cual determinados objetos como los torques de oro de tipo 'Sagrajas-Berzocana' pudieron haber sido 'regalos políticos' introductorios a la creación de una red de intercambios comerciales.

Por otro lado, en modo alguno negamos la probable exis-

¿ARTESANOS ITINERANTES EN EL MUNDO IBÉRICO? SOBRE TÉCNICAS Y ESTILOS DECORATIVOS, ESPECIALISTAS Y TERRITORIO.

tencia, sobre todo en fases avanzadas de las culturas peninsulares de la Edad del hierro, de talleres productivos a cierta escala, aunque ahora no los conozcamos, pero que se dan, por ejemplo, en la Galia desde fechas antiguas (Flouest, 1993). Coincidimos con Salinas (1986,123) que la producción al principio pudo estar en manos de artesanos ambulantes, pero no con la frase siguiente 'cuyos talleres debieron afinarse al comenzar el fenómeno urbano' (*ibidem*): a nuestro juicio pudieron coexistir ambos esquemas. Queremos decir con esto que nuestra hipótesis es un elemento a añadir a la discusión sobre la naturaleza del artesanado, el comercio y las relaciones políticas en el mundo prerromano, y no el elemento con exclusión o depreciación de otros.

Creemos factible profundizar en el modelo que aquí planteamos, insistiendo en los detalles decorativos de las producciones ibéricas de damasquinados (no sólo en armas, sino, por ejemplo, en broches de cinturón, tema que podría dar mucho juego), y también en otros productos como por ejemplo las fibulas de plata con escenas venatorias de Baja Epoca Ibérica que aparecen, sobre todo, en el área andaluza, o en productos de orfebrería aurea. Estos estudios podrían ayudar a confirmar nuestra propuesta o, en su caso, contribuir a su refutación.

NOTAS

¹ Trabajo realizado en el marco de los proyectos DGICYT PB97/0057 y Comunidad de Madrid 06/0019/98.

² Como en el caso de la falcata de Illora —Quesada, 1997, 110- y la de la Serreta— Prats, Rovira y Miró, 1996, (ver figura 1). Con todo, no nos decidimos a dar ese último paso porque en la forma de realizar algunos detalles que el orfebre trazaría casi automáticamente, como la forma de las palmetas de cuenco estilizadas y alternas, o los triángulos rematados en espirales, se aprecian diferencias suficientes como para pensar en dos manos distintas, o al menos en una separación temporal entre la ejecución de las dos obras.

³ En este sentido, no entraremos en el añejo debate del carácter de la economía antigua, 'primitivo' y no basado en el mercado, o 'moderno' y regulado al menos en parte por él y la búsqueda de beneficio. Un breve pero claro resumen de la cuestión puede hallarse en Rowlands, 1994, quien analiza una opinión frecuente según la cual el tránsito de la Edad del Bronce a la del Hierro estaría definido, entre otras cosas, el paso de un tipo a otro de economía. Como él (Rowlands, 1994,3-4), y por razones similares —persistencia de élites militares— no estamos convencidos, y creemos que, incluso en la plena Segunda Edad del Hierro ibérica, elementos puramente 'premercado', regidos por la idea del prestigio, regalo que crea dependencia, reciprocidad y redistribución, seguirían en buena medida vigentes; estamos en la vieja polémica entre sustantivismo y actualismo. Como tercera posibilidad, hace poco tiempo M. Torelli ha propuesto para el mundo etrusco que bajo un deliberado 'arcaísmo' representado por los 'regalos' entre jefes late un modelo económico mucho más complejo ligado a la estructura urbana; en sus palabras "estamos ante una estructura social que pretende disfrazarse con los modelos de la reciprocidad prehistórica y define el objeto de intercambio como=regalo=, asumiendo a propósito una apariencia arcaizante [...] no por ello debemos cometer el error de dejarnos condicionar por la ideología eternizada precisamente por esas reliquias [...]so pena de no entender nada del propio fenómeno urbano..."

(Torelli, 1996, 131). En castellano, y recientemente, se han retomado en profundidad parecidas cuestiones pero casi siempre para el Bronce Final (e. g. Perea, 1994, con amplia bibliografía; Ruiz Gálvez, 1992, 1998).

⁴ La existencia de artesanos especialistas inmigrantes más a Occidente está bien atestiguada por el caso de Demarato de Corinto en Etruria y su séquito de artesanos (Burkert, 1992, 23-24; Ridgway, 1992), pero sin duda esto nos aleja del problema de la estricta itinerancia, para entrar en el de la migración, que ya viene siendo aceptada sin problemas para el bronce Egeo, aunque queden por definir aspectos sutanciales, como si los artesanos egeos en Oriente o Egipto eran enviados estatales o artesanos independientes (entre los últimos trabajos, Cline, 1995). Del mismo modo, se debate si estos micénicos y minoicos en el extranjero serían 'inmigrantes sedentarios' o 'artesanos itinerantes'. Cline (1995, 277-278) tiende a inclinarse, probablemente con razón, por la segunda opción, la de la itinerancia. Incluso los más reticentes, como Laffineur (1995, 198), que no encuentran evidencia directa del tipo de 'depósitos de artesano' se inclinan a aceptar la existencia de estos metalúrgicos itinerantes en el Bronce Final. Por fin, Bloedow (1997) no tiene dudas y se atreve a titular su artículo en asertivo: "Itinerant craftsmen and trade in the Aegean bronze Age".

⁵ En efecto, el modelo de escultores 'prestados' tiene directos precedentes orientales, como el caso de los artesanos que Salomón empleó para la construcción de su templo, enviados por Hiram de Tiro (Reyes I, 5, 32) y otros muchos documentados en Oriente (Burkert, 1992, 24). Pero Burkert insiste en que incluso en las monarquías orientales existía la posibilidad de libertad de movimientos para arquitectos, artesanos o médicos especialistas, sin que los reyes pudieran hacer mucho al respecto. Por lo que se refiere al ámbito egeo durante el Bronce Final, el muy reciente estudio de Carole Gillis (1997) sobre el *status* de los artesanos metalúrgicos en Pilos, concluye que no había un control absoluto por parte del palacio, y que existían bronceístas, hombres prominentes en el damos de sus aldeas, que no parecen depender directamente de palacio, y que incluso poseen sus esclavos y pueden incluso trabajar tierras a tiempo parcial. Concluye que había incluso 'artesanos independientes' (Gillis, 1997, 513). La cuestión sigue sin embargo discutida.

⁶ Idea hacia la que (con mayores cautelas que Almagro Gorbea parece inclinarse P. León —negando, eso sí, la mano griega directa incluso en las obras ibéricas más grequizantes (1998,157 y 158)—, lo que por exclusión implica el contacto personal entre un griego y un indígena en algún lugar, esto es, la movilidad de uno de los dos. En todo caso, P. León duda entre grandes talleres, talleres con filiales, o pequeños talleres dispersos (León, 1998, 160). M. Tarradell ya en 1977 consideraba que la demanda posible no permitirá mantener talleres permanentes o fijos salvo en *Ilici* o *Castulo* (Tarradell, 1977,14).

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M., 1983: Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto sociocultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica. *Madrid Mitteilungen* 24, 177-293.
- ALMAGRO GORBEA, M., 1988: Origen y significado de la escultura ibérica. *Escultura Ibérica. Número monográfico de la Revista de Arqueología*, Madrid, 48-67.
- ALMAGRO GORBEA, M., 1992: Las necrópolis ibéricas en su contexto mediterráneo. *Congreso de Arqueología ibérica: las necrópolis*. Madrid, 37-75.

- AUBET, M. E., 1995: Aproximación a la estructura social y demográfica tartésica. *Tartessos 25 años después (1968-1995)*. Jerez de la Frontera, 401-409.
- AULADELL, J., 1993: Metal·lúrgia i útils fèrrics agrícoles i ramaders prerromans a l'àrea Laietània. *Gala* 2, 227-236.
- AULADELL, J.; SIMÓN ARIAS, J., 1997: Anàlisi metalogràfica d'elements fèrrics prerromans: una aproximació als mètodes siderúrgics a la Laietània. *Pyrenae* 28, 119-132.
- BARCELÓ, J. A., 1995: Sociedad y economía en el Bronce Final Tartésico. *Tartessos 25 años después (1968-1995)*, Jerez de la Frontera, 561-589.
- BARRIL, M., 1992: Instrumentos de hierro procedentes de yacimientos celtibéricos de la provincia de Soria en el Museo Arqueológico Nacional. *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* 10, 5-24.
- BISHOP, M. C., 1985: The military fabrica and the production of arms in the early principate. *The production and distribution of Roman military equipment. BAR Int. Series* 275, Oxford.
- BISHOP, M. C., 1987: The evolution of certain features... En M. Dawson (ed.) *Roman Military Equipment. The accountments of war. BAR Int. Series* 336, Oxford, 109-140.
- BLASCO, M. C. et alii, 1989: *Los Celtas en el Valle medio del Ebro*. Zaragoza.
- BLÁZQUEZ, J. M., 1991: La presencia de artesanos etruscos en Tartessos. *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*, Barcelona, 597-600.
- BLÁZQUEZ, J. M., 1994: La situación de los artistas y artesanos en Grecia y Roma. *Artistas y artesanos en la Antigüedad clásica. Cuadernos emeritenses* 8, Mérida, 11-22.
- BLOEDOW, E. F., 1997: Itinerant craftsmen and trade in the Aegean Bronze Age. R. Laffineur, P. P. Betancourt (eds.) *Techné. Craftsmen, craftswomen and craftsmanship in the Aegean Bronze Age. Aegaeum* 16, Liege, 439-447.
- BOARDMAN, J.; HAMMOND, N. G. L. (eds.), 1982: The Cambridge Ancient History 2nd ed. Vol III. *The expansion of the Greek World, Eight to Sixth centuries B. C.* Cambridge.
- BONA LÓPEZ, I. J. et alii, 1989: *El Moncayo. Diez años de investigación arqueológica*. Prólogo de una labor de futuro. Tarazona.
- BRADLEY, R., 1998 (ed. or. 1990): *The passage of arms. An archaeological analysis of prehistoric hoards and votive deposits*. Cambridge.
- BURKERT, W., 1992: *The Orientalizing revolution. Near Eastern influence in Greek Culture in the Early Archaic Age*. Cambridge, Mass.
- CABEZO LUCERO, 1992: *Cabezo Lucero. Necrópolis ibérica*. Alicante.
- CLINE, E. H., 1995: Tinker, tailor, soldier, sailor: minoans and mycenaean abroad. *Politeia. Society and State in the Aegean Bronze Age, Aegaeum* 12, Liège, 265-283.
- COGHLAN, H. H., 1956-57: Etruscan and Spanish swords of iron. *Sibirium* 3, 167-171.
- COLLIS, J., 1994: Reconstructing Iron Age Society. *Europe in the First Millennium BC*. Sheffield, 31-39.
- CUADRADO, E., 1987: *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana XXIII. Madrid.
- CHAMPION, S., 1985: A Production and Exchange in Early Iron Age Central Europe. T. Champion y J. Mwgaw (eds.), *Settlements and society*, Leicester UP. 133-160.
- CHILDE, V. G., 1978 (ed. or. 1964): *What happened in History*. London.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A., 1991: *La polis y la expansión colonial griega (siglos VIII-VI)*. Madrid.
- ELIADE, M., 1996 (ed. or. 1956): *Herreros y alquimistas*. Madrid.
- FLOUEST, J. L., 1993: Activités métallurgiques et commerce avec le monde méditerranéen au Ve siècle av. J. C. à Bragny-Sur-Saône (Saône-et-Loire). *Fonctionnement social de l'âge du Fer, Actes de la Table Ronde de Lons-le-Saulnier*, 1990, Lons-le-Saulnier, 21-31.
- FORBES, R. J., 1964: The evolution of the smith, his social and sacred status. *Studies in Ancient Technology* VIII, Leiden, 52-102.
- FOSTER, J., 1995: Metalworking in the British Iron Age. B. Raftery, V. Megaw y V. Rigby (eds.), *Sites and Sights of the Iron Age. Essays on fieldwork and Museum Research presented to Ian Mathieson Stead*, Oxford, 49-60.
- GARCÍA SERRANO, J. A., 1995: La prehistoria en la comarca del Moncayo. *Turiaso*, 11, Tarazona, 11-24.
- GILLIS, C., 1997: The smith in the Late Bronze Age- State employee, independent artisan, or both?. R. Laffineur, P. P. Betancourt (eds.) *Techné. Craftsmen, craftswomen and craftsmanship in the Aegean Bronze Age. Aegaeum* 16, Liege, 505-513.
- GÓMEZ RAMOS, P., 1996: Análisis de escorias férreas: nuevas aportaciones al conocimiento de la siderurgia prerromana en España. *Trabajos de Prehistoria*, 53.2, Madrid, 145-155.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1992: Una vivienda metalúrgica en La Peña Negra (Crevillente-Alicante). Aportación al conocimiento del Bronce Atlántico en la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 49, Madrid, 243-257.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1993: La metalurgia del Bronce Final en el Sudeste de la Península Ibérica. R. Arana, A. M. Muñoz, S. Ramallo, M. M. Ros (eds.) *Metalurgia en la Península Ibérica durante el Primer Milenio a.C. Estado actual de la investigación*. Murcia, 19-43.
- GUÉRIN, P., 1989: *El asentamiento ibérico del Castellet de Bernabé (Lliria, Valencia)*. Informe preliminar. XIX CNA, Castellón 1987, 553-567.
- GUERRERO, V., 1988: La metalurgia del hierro en la factoría púnica de Na Guardis (Mallorca). *Rev. de Arqueología* 86, Madrid, 44-53.
- GUILLAUMET, J. P., 1996: *L'artisanat chez les Gaulois*. Paris.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A.; MURILLO RAMOS, J. J., 1985: Aproximación al estudio de la siderurgia ibérica del Moncayo. *Caesaraugusta* 61-62, Zaragoza, 177-190.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A.; MURILLO RAMOS, J. J., 1986: La metalurgia celtibérica: proyecto de investigación. *Homenaje a A. Beltrán*, Zaragoza, 543-461.
- HUNT, M.; RUIZ DELGADO, M. M., 1990, Smith on the move: notes on the mobility of smiths in primitive communities. *Arqueología Hoje* 1, 108-116.
- IBEROS, 1998: *Los iberos, príncipes de Occidente*. Catálogo de la exposición. Barcelona.
- JAMES, S., 1993: *Exploring the world of the Celts*. London.
- JANNOT, J. R., 1985: Les Grecs en Etrurie du VIIIe au Ve siècle. *Revue des Études Grecques* 98, 321-379.
- KRISTIANSEN, K., 1998: *Europe before history*. Cambridge.
- LAFFINEUR, R., 1995: Craftsmen and craftsmanship in Mycenaean Greece: for a multimedia approach. *Politeia. Society and state in the Aegean Bronze Age. Aegaeum* 12, Liège, 188-199.
- LEÓN ALONSO, P., 1998: La escultura. La imagen de la Cultura Ibérica. *Los iberos, príncipes de Occidente*, Barcelona, 153-169.
- LORRIO, A., 1997: *Los Celtiberos*. Madrid.

¿ARTESANOS ITINERANTES EN EL MUNDO IBÉRICO? SOBRE TÉCNICAS Y ESTILOS
DECORATIVOS, ESPECIALISTAS Y TERRITORIO.

- LORRIO, A.; GÓMEZ, P.; MONTERO, I.; ROVIRA, S., 1999: Minería y metalurgia celtibérica. *IV Simposio sobre Celtiberos. Economía*. Zaragoza, 161-180.
- MADROÑERO, A., 1983-84: Aplicación de las técnicas arqueometalúrgicas a la identificación e interpretación de los restos de solifereums (sic). *Kalathos*, 3-4, 139-149.
- MADROÑERO, A. et alii, 1992: Estudio arqueometalúrgico de útiles y restos minerometalúrgicos de hierro del yacimiento celtibérico de 'Castilmontán' (Somaén, Soria). *Museo de Zaragoza. Boletín* 11, Zaragoza, 47-88.
- MANNING, W. H., 1995: Iron working in the Celtic World. *The Celtic World*, London, 310-320.
- MARTÍN COSTEA, A.; MADROÑERO, A.; LÓPEZ SERRANO, V., 1991-92: Arqueometalurgia del poblado celtibérico de 'Los Castellares' de Herrera de los Navarros (Zaragoza). *Kalathos* 11-12, Teruel, 233-266.
- MARTÍN COSTEA, A.; MADROÑERO, A.; LÓPEZ SERRANO, V.; GARCÍA CARCEDO, F., 1993: Arqueometalurgia del poblado ibérico Monte Catma (La Ginebrosa, Teruel). *Grupo de Estudios Masinos*, 13, 243-283.
- MIRÓ SEGURA, J. H.; REIG SEGUÍ, C., 1997: Los cubos de enmangue de lanzas y regatones ibéricos, análisis y diagnóstico. *Recerques del Museu d'Alcoi* 6, 161-164.
- MOHEN, J. P., 1992: *Metalurgia prehistórica. Introducción a la paleometalurgia*. Barcelona.
- MORATALLA, J., 1996: Explotación agropecuaria en época ibérica en torno a La Alcudia (Elche): el instrumental. *XXIII CNA* Elche, 1995, 369-376.
- MORDANT, C.; PERNOT, M.; RYCHNER, V. (eds.): *L'Atelier du bronzier en Europe du Xxe au VIIIe siècle avant notre ère*. Actes Colloque international Bronze '96, Paris, vols. I-III.
- NIETO, G.; ESCALERA, A., 1970: Estudio y tratamiento de una falcata de Almedinilla. *Informes y trabajos del Instituto de Conservación y Restauración de obras de Arte, Arqueología y Etnología*, 10. Madrid, 5-30.
- NORTHOVER, P., 1995: The technology of metalwork. Bronze and Gold. En M. Green (ed.) *The Celtic World*, London, 285-309.
- OLMOS, R., 1987: Posibles vasos de encargo en la cerámica griega del Sureste. *Archivo Español de Arqueología* 60, 21-42.
- PEREA, A., 1994: Proceso de mercantilización en sociedades premonetales. *Archivo Español de Arqueología* 67, 3-14.
- PERNOT, M., 1998: L'organisation de l'atelier du bronzier. En C. Mordant, M. Pernot, V. Rychner (eds.) *L'Atelier du bronzier en Europe du Xxe au VIIIe siècle avant notre ère. Actes Colloque international Bronze '96*, Paris, 107-116.
- PRATS, C.; ROVIRA, C.; MIRÓ, J. H., 1996: La falcata i la beina damasquinades trobades a la tomba 53 de la necròpoli ibèrica de la Serreta d'Alcoi. Procés de conservació-restauració i estudi tecnològic. *Recerques del Museu d'Alcoi* 5, 137-154.
- QUESADA, F., 1989: *Armamento, Guerra y Sociedad en la necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Murcia, España)*. BAR Int. Series, 502. 2 vols. Oxford.
- QUESADA, F., 1990: Falcatas ibéricas con damasquinados en plata. *Verdoy* 2, Murcia, 45-59.
- QUESADA, F., 1997: *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*. Monographies Instrumentum 3, 2 vols. Montagnac.
- QUESADA, F., 1997b: Monumentos y ornamentos: arte y poder en la Cultura Ibérica. *Arte y Poder en el mundo antiguo*. Madrid, 203-248.
- RIDGWAY, D., 1992: Demaratus and his predecessors. G. Kopcke, I. Tokumaru (eds.), *Greece between East and West: 10th-8th centuries BC*, Mainz, 85-92.
- ROWLANDS, M., 1972: The archaeological interpretation of prehistoric metalworking. *World Archaeology*, 3, 210-223.
- ROWLANDS, M., 1994: From 'the Gift' to Market Economies: the Ideology and Politics of European Iron Age Studies. *Europe in the First Millennium B.C.* Sheffield, 1-5.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1988: Oro y política. Alianzas comerciales y centros de poder en el Bronce Final del Occidente peninsular. *Espacio, tiempo y forma, Serie I, Prehistoria*, 1, 325-338.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1992: Orientaciones teóricas sobre intercambio y comercio en Prehistoria. *Gala* 1, 87-101.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1995: Depósitos del Bronce Final: (¿sagrado o profano?) sagrado y, a la vez, profano? *Ritos de paso y puntos de paso. La Ria de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo, Complutum extra* 5, Madrid, 21-32.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1998: *La Europa atlántica en la Edad del Bronce*. Barcelona.
- SALINAS DE FRÍAS, M., 1986: *Conquista y romanización de Celtiberia*. Salamanca.
- SCHULTEN, A., 1963: *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*. Madrid.
- SPIVEY, N., 1997: *Etruscan Art*. London.
- TARRADELL, M., 1977: *Imagen del Arte Ibérico*. Madrid.
- THEVENOT, J. P., 1998: Un outillage de bronzier: le dépôt de La Petite Laugère, à Génelard (Saône-et-Loire, France). C. Mordant, M. Pernot, V. Rychner (eds.) *L'Atelier du bronzier en Europe du Xxe au VIIIe siècle avant notre ère, Actes Colloque international Bronze '96*, Paris, 123-141.
- TORELLI, M., 1996 (ed. or. 1990): *Historia de los etruscos*. Barcelona.
- WELLS, P. S., 1980: *Culture contact and culture change. Early Iron Age central Europe and the Mediterranean World*. Cambridge.
- WELLS, P. S., 1988 (ed. or. 1985): *Granjas, aldeas y ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea*. Barcelona.
- WELLS, P. S., 1995: Trade and exchange. *The Celtic World*. London, 235 ss.